

A E
& I

Invitación a un asesinato

Autores Españoles e Iberoamericanos

Carmen Posadas



Invitación a un
asesinato

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

© Carmen Posadas, 2010

© Editorial Planeta, S. A., 2010

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: octubre de 2010

Depósito Legal: B. 34.980-2010

ISBN 978-84-08-09481-4

Composición: Ormograf, S. A.

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Para Luis Abarca Ruiz del Cueto, que llegó el 9 de agosto

PARTE I
CIANURO ESPUMOSO
—

Todos odiaban a Rosemary Barton. Si el pensamiento pudiera matar, sin duda la habrían matado ya.

AGATHA CHRISTIE
Cianuro espumoso

OLIVIA URIARTE

«Es realmente extraño —sonrió Olivia— que en un tiempo en el que todo el mundo invierte imaginación y tanto dinero en organizar los momentos relevantes de su vida, ya sea un cumpleaños, una boda, un bautizo o cualquier otro tonto aniversario, nadie excepto yo piense en poner igual cuidado en preparar la escenificación del hecho más trascendental de todos, su muerte.»

—O mejor dicho, mi asesinato —añadió en voz alta, y volvió a sonreír antes de decirse que si uno de sus mayores méritos en esta vida había sido organizar y escenificarlo todo con éxito (sus cinco matrimonios, sus amistades, así como no pocos amores clandestinos) ahora, llegado el momento, iba a planear también su mutis final cuidando cada detalle.

«¿Quién dijo aquello de que el asesinato es una de las bellas artes?» En su caso lo sería. Seguro.

«¡*Santa Madonna, Oli!* Hay que ver cómo te gusta hacerte la interesante. Nadie celebra su muerte y menos aún su asesinato. Qué típico de ti es este discursito tan provocador; por lo que veo, sigues siendo capaz de cualquier cosa con tal de escandalizar a quien tengas delante.»

Seguramente algo parecido a esto habría dicho Flavio, su marido, acompañando la frase con un *jettatore, jettatore!* y con un gesto de índice y meñique extendidos en el aire como buen napolitano supersticioso que era. Pero no

había nadie delante, estaba sola. Flavio se había ido para siempre. No sólo le había pedido el divorcio sino que además había tenido la imperdonable descortesía de arruinarse (y de verdad, no de forma ficticia como tantos de sus amigos ricos durante la crisis). Arruinada y plantada como una lechuga. O como un manojo de rúcula, que es más fino e italiano, pero igualmente patético.

«¡Olivia, por amor de Dios! ¿Organizar tu propio asesinato? ¿Pero de qué demonios estás hablando? Además, ¿quién va a querer hacerte daño a ti, si todo el mundo te adora? Sí, ya sé que te gusta dárte las de bruja y de adivina, pero por mucho que te empeñes, lo cierto es que nadie sabe cuándo va a morir. Es uno de los pocos consuelos que tenemos en este valle de lágrimas. “Velad, pues no se conoce el día ni la hora.”»

Y esto último (seguramente con las manos juntas como en una plegaria) habría dicho su hermana Ágata de estar ahora presente. La pobre Agatita, que era dos años menor aunque pareciera cuatro o cinco mayor que ella. «Velad, pues nadie conoce, etcétera.» Ágata era la culta de la familia, la profesora de Lengua, igual hablaba de literatura que de filosofía, de arte o, por qué no, de Historia Sagrada, como en este caso. Muy leída su hermana, pero descuidaba los detalles. En realidad ése había sido su mayor problema en la vida, no poner atención a los matices y así le había ido. Por eso, si la buena de Ágata hubiera estado delante diciéndole que era imposible saber cuándo va uno a morir, Olivia le habría replicado que no, que incluso la cita bíblica que acababa de usar servía en realidad para darle la razón a ella, puesto que no había más que poner atención a cada una de sus palabras. «¿No te das cuenta, tonta? —le habría explicado Olivia a continuación con su

mejor sonrisa de hermana mayor—. La misma frase lo dice todo: “Velad”; en otras palabras, mantened los ojos bien abiertos, *ved*. Antes de que se produzca una muerte existen siempre indicios, avisos, premoniciones, sólo que nadie repara en ellos hasta después del desenlace. ¿Me equivoco acaso? Una vez que ha sucedido una tragedia, todos comprenden que el finado *sabía* perfectamente lo que iba a ocurrir. “Esta mañana se despidió de mí como si se fuera para siempre”, llora el trastornado padre cuando le dicen que su hijo ha muerto en carretera. “Me llamó desde el aeropuerto sólo para decirme que me amaba”, recuerda la desconsolada esposa cuando le notifican que su marido está entre los desaparecidos de un accidente aéreo. Es cierto. Todos los que van a morir lo saben, la única diferencia es que yo lo sé con más tiempo, con varias semanas de antelación, por eso quiero planear bien las cosas.»

Olivia encendió un cigarrillo, el segundo de la mañana, y miró a su alrededor. Ella nunca había sido una persona nostálgica pero, de no morir muy pronto, no tendría más remedio que abandonar todo lo que ahora la rodea y que tanto ama, como esta casa de Andratx, en Mallorca, que ha ido creando habitación por habitación, igual que una obra de arte. No le quedaría más remedio que mudarse a otro lugar infinitamente más modesto, más «acorde con sus nuevas circunstancias». Dicho de otro modo, deberá empezar de cero con cuarenta y tantos años y malvivir en estos tiempos de catástrofe.

Bueno —se convence ahora exhalando el humo de su cigarrillo muy despacio—, partir es morir un poco, según dicen. Y divorciarse de un hombre arruinado es algo bastante similar aunque... qué más da eso ahora, ni de abandonar las cosas que más ama, ni de su indeseado divorcio

tiene que preocuparse ya. La muerte tiene al menos esa ventaja, libera a uno de todo, adiós problemas.

De lo que sí ha de preocuparse, en cambio, es de aquello de lo que se ocupan los que *saben* que su fin está próximo. Y eso cada uno lo hace a su manera. Los hay que prefieren dedicar el tiempo que les queda a poner su alma en paz con Dios y con sus seres queridos. Existen también los amantes de las puestas en escena, esos que planifican al detalle su partida eligiendo hasta la música que quieren para su funeral (Mendelsson para el introito, Beethoven para la despedida...). O bien, en el caso de no ser creyentes, seleccionan los versos (a veces Benedetti, otras Lorca, casi siempre Jorge Manrique) que desean se reciten ante su tumba llena de flores. Los hay por fin con vocación de médium que dejan cartas para ser abiertas cuando estén en el Más Allá; pero nada de esto piensa hacer Olivia. Su plan, en realidad, no es para el más allá sino para el más acá. No para después de morir sino para *antes*.

¿Y cómo se planifica una muerte? ¿Cómo organiza uno su propio asesinato?

Bueno, se hace del mismo modo en que ella lo ha hecho todo en la vida, moviendo hilos, manejando a las personas como un buen maestro de títeres. «Y para eso —se dice—, lo primero que tengo que hacer es convocar a mis posibles asesinos a pasar unos días conmigo, mandar media docena de invitaciones a tan particular aquelarre. Ya tengo un par de ellas a medio redactar, a ver, ¿dónde las he puesto?»

Olivia se dirige hacia su escritorio, que está situado frente a la ventana, de tal modo que cuando trabaja puede mirar hacia el exterior. Desde allí alcanza a ver el jardín que descende en cuesta hacia el mar festoneado de pinos.

Sobre el escritorio hay dos fotos, una de una niña con un bebé en brazos. La otra de un velero con todas sus velas

desplegadas. *Sparkling Cyanide* alcanza a leerse en la popa. El nombre de aquel barco, que a fin de mes dejará también de pertenecerle como todo lo demás puesto que está embargado, tiene para Olivia un significado secreto y ella lo había elegido sacándolo de las páginas de un libro. Así se llama una de las novelas más famosas de Agatha Christie. La idea de copiar su muerte o su asesinato de alguno de los libros de una de sus autoras favoritas parecería más propio de su intelectual hermana, que se llama igual que la Christie, casualidades que tiene la vida. Sólo que su hermana con toda probabilidad hubiese elegido inspirarse en una novela más sesuda, una de Virginia Woolf, por ejemplo. «Mi querida hermana. ¿Qué será de su vida? Hace tanto tiempo que no tengo noticias tuyas», se dice Olivia, pero lo cierto es que le han pasado demasiadas cosas últimamente y ninguna buena como para pensar en Ágata. Olivia revuelve ahora su escritorio en busca de las invitaciones y por fin las encuentra donde las había dejado la noche anterior, en el cajón de la derecha. Entonces, ya con la primera de ellas en la mano, se detiene unos segundos para repetir una vez más aquel nombre: *Sparkling Cyanide*, «Cianuro espumoso».

Que la vida imite al arte o a la literatura no es nada nuevo, ocurre con frecuencia, pero para que la imitación salga perfecta es preciso ayudarla un poco y eso depende de la destreza del director artístico. «En otras palabras —sonríe Olivia una vez más— depende enteramente de mí.»

Abre un sobre, extrae la tarjeta que hay dentro y lee: *Olivia Uriarte tiene el placer de convidarle a...* Se detiene por segunda vez. Por supuesto no tiene intención de escribir sobre la línea punteada que hay a renglón seguido «a su muerte» ni mucho menos a «su asesinato», sería absurdo. Es preferible que la invitación mencione otro motivo para la

convocatoria, como su reciente divorcio, por ejemplo. Sí ¿por qué no? ahora muchas personas celebran sus separaciones casi tanto como sus matrimonios e invitan a sus amigos a una gran fiesta o a pasar un fin de semana. Es la excusa perfecta. ¿Y quiénes serán los convidados que elegirá para tal reunión? Su hermana Ágata (que por supuesto será una de ellos) seguro que se escandalizará cuando vea la elección que ha hecho. ¿Pero a quién invita uno a su asesinato sino precisamente a las personas que más deseos tienen de cometerlo?

«En esta vida hay que saber elegir bien a los amigos pero mejor aún a los enemigos». Algo así le había oído mencionar hace años a Ágata que decía Oscar Wilde. Olivia no ha leído ninguna de sus obras, pero no puede estar más de acuerdo con él. Hay que ser muy cuidadoso, y precisamente eso es lo que había procurado al cursar aquellas invitaciones: elegir bien a cada uno de sus convidados. En otras palabras, a las personas que más la odiaban.

—...O a las que más me aman —dice ahora en voz alta mientras humedece y cierra el sobre destinado a su hermana menor.

«Porque ¿acaso no es una obviedad decir que una cosa y otra son caras de la misma moneda?»

PRIMERA INVITADA, ÁGATA URIARTE

Allí estaba esa carta, junto a otras que le había entregado su casero al tiempo que le recordaba (de muy malos modos, por cierto) que le debía ya dos meses de alquiler. No hacía falta examinarla demasiado para adivinar que no se trataba del impreso de un banco, tampoco de un anuncio de venta por catálogo, propaganda electoral, ni ninguna otra forma de correspondencia no solicitada. Era uno de esos sobres que uno sopesa e incluso admira antes de abrir porque está escrito a mano, lo que trae recuerdos de tiempos lejanos cuando las cartas eran personales, interesantes y, en ocasiones, ay, de amor.

Ágata, sin embargo, no hizo nada de esto. Ni falta que hacía. Aquellos trazos de curvas marcadas que todo lo insinuaban, esas vocales abiertas que se unían a unas consonantes en apariencia débiles pero que un grafólogo hubiera calificado sin duda de tramposas; esas íes exhibicionistas con un circulito por punto... toda esa información sobre la personalidad del remitente estaba bien clara para quien quisiera descifrarla, sólo que nadie más que ella, Ágata, parecía haberlo logrado nunca.

«Olivia Uriarte», rezaba el remitente. ¿Desde cuándo su hermana había dejado de usar el apellido de su marido como era su exasperante costumbre? Quién sabe, hacía tanto tiempo que no tenía noticias suyas. Bueno, eso tampoco era cierto, se veían algunas Navidades y fiestas seña-

ladas. Además, desde hacía años, Olivia solía telefonar inesperadamente desde Johannesburgo, Provenza, Zúrich, Santa Margarita o Corfú y preguntarle retóricamente qué era de su vida para después contarle la suya en una frase que lo resumía todo: «... Yo, en cambio, sensacional, ni te imaginas, tesoro, in-cre-í-ble. Por cierto, Flavio te manda muchos besos.» En realidad lo único que había cambiado en la conversación a lo largo de tantos años era el nombre de quién mandaba los besos. Primero fue Rupert, después Moshe, luego Heine, más tarde Juan Mario, últimamente Flavio... nombres sin apellido porque son de sobra conocidos; salen en las revistas económicas y en las páginas salmón de los periódicos internacionales: su hermana coleccionaba maridos como otros coleccionan ceniceros o tarjetas postales. A veces Ágata se preguntaba con cuántas iniciales entrelazadas a la suyas tendría Olivia toallas de baño, por ejemplo, o servilletas, o sábanas, o sobres de correo. Con media docena, lo menos. Sí, la vida de su hermana estaba llena de monogramas. Y es que ella tenía a gala ser muy tradicional (siempre que fuera en lo accesorio, claro).

Curiosamente, en esta ocasión, las iniciales de su último marido habían sido tachadas del sobre de correos y encima de ellas Olivia había garabateado su nombre seguido de una dirección en alguna parte de Mallorca. Pero ¿por qué le escribiría una carta? Ya nadie lo hace. «Sólo —se dijo— puede tratarse de una invitación.» Claro, eso era y ¿qué esperaba para abrirla? Tampoco podía tratarse de un misterio muy grande.

Aun así, Ágata aguardó un poco más. Siempre le había gustado jugar con su hermana al escondite. Siempre, desde el momento mismo en que ambas descubrieron dicho juego, Olivia con cinco o seis años, ella con dos menos: la hermana guapa y la hermana fea, el

ángel y el conguito. Ágata recuerda lo tonta que era de niña y cómo pensaba que la belleza era algo que se adquiriría cumpliendo años. «Cuando sea mayor seré guapa como mamá y cuando cumpla seis, tendré el pelo rubio y liso como el de Olivia.» «También tendré sus ojos grises», solía prometerse al descubrir las largas trenzas de su hermana, escondida tras los pliegues de las cortinas de su dormitorio o bajo una mesa camilla. Pero llegó su sexto cumpleaños y luego el séptimo y sus ojos y su pelo siguieron siendo del mismo color que antes, uno que su madre llamaba «color ratón». «Sí, mi amor, tú eres mi ratón gordito.»

«El año que viene seré guapa y *muy* delgada», se había jurado Ágata entonces y a la espera de que se produjeran ambos prodigios continuó jugando a descubrir las trenzas de Olivia entre cortinas o a provocar la expresión contrariada de sus ojos grises cuando la sorprendía escondida, por ejemplo, dentro del armario de la ropa blanca. Allí estaba su hermana tumbada de medio lado, una bella durmiente entre las sábanas buenas de mamá, esas que jamás se usaban. Entonces Olivia se erguía intentando bajar de tan estrecho escondrijo y al darse cuenta de lo difícil que era, clavaba en su hermana sus enojados ojos claros: «Venga, tonta, ya no juego más. Ayúdame, no sé cómo salir de aquí.»

La misma escena iba a repetirse muchas veces, no sólo en su infancia sino a lo largo de los próximos treinta y tantos años: Olivia muy bella, siempre tumbada, siempre en una actitud prohibida: «Venga, no juego más, ayúdame, no sé cómo salir de aquí.» Ágata sonrió. «Realmente —se dijo— la vida es muy poco imaginativa y se repite siempre. No, peor aún: se autoparodia una y otra vez.» Por eso estaba segura de que, fuera lo que fuese lo que contuviera aquel sobre que tenía en la mano, una invitación, una

participación a una nueva boda, o cualquier otra cosa, querría decir exactamente eso: «Ayúdame, Ágata, no sé cómo salir de aquí.»

Por fin rasgó el sobre.

*Olivia Uriarte tiene el placer de convidarle a rezaba la parte impresa de la tarjeta y luego, a mano, sobre la línea punteada, su hermana había escrito: «Festejo mi divorcio con un grupo de grandísimos amigos (atrás te pongo la lista). El *Sparkling Cyanide* está atracado en Andratx y navegaremos por allí; Flavio me lo deja hasta finales de julio.»*

Sólo faltaba añadir: «Y Flavio te manda muchos besos», pero en realidad estaba implícito en el texto. Todo lo que tenía que ver con Olivia estaba rodeado siempre de lo que ahora llaman «buena onda». Por lo que decía aquella tarjeta, su hermana acababa de poner fin a su quinto matrimonio pero, aún así, su ex le prestaba un yate para que paseara con sus amigos en plenas vacaciones de verano. Y es que otra de las grandes virtudes de Olivia era que siempre quedaba en excelentes relaciones con todo el mundo: con sus diversos ex maridos, con los amigos a los que traicionaba, incluso con las mujeres a las que les había robado un amante. Era imposible estar enfadada con ella por mucho tiempo, como imposible era no protegerla; hay gente así, a la que todos desean socorrer.

Ágata se preguntó quiénes y cuántos serían los «grandísimos amigos» a los que Olivia había invitado a tan original reunión. Según anunciaba el texto, en el reverso de la tarjeta había una lista, de modo que la volvió y comenzó a leer:

Cary Faithful.

El primero de los nombres era ya bastante revelador, «el bueno, el pequeño, el insignificante de Cary», se dijo, pero en vez de seguir leyendo el resto de la lista, decidió jugar otro rato más con Olivia al escondite, dedicándose a adivinar quiénes podían ser los demás invitados. Lo más seguro, dados los catastróficos momentos económicos que atravesaba el mundo en ese momento, era que entre ese grupo de «grandísimos amigos» hubiera uno o tal vez dos candidatos a sustituir las iniciales de Flavio en próximos manteles, sábanas, toallas y demás enseres. Sí, seguro, porque si el juego de infancia favorito de Ágata había sido el escondite, el de Olivia era (y seguía siendo) el de la oca y tiro porque me toca. Y claro que le tocaba, una y otra vez, porque ella era tan guapa, con esos ojos grises que nunca habían perdido el brillo confiado de la infancia. «Vamos —se dijo Ágata de pronto—, tampoco había que exagerar, Olivia no podía continuar siendo la maravillosa niña que había sido en tiempos, iba a cumplir 43 años el próximo septiembre. Además, le habían ocurrido cosas terribles en los últimos tiempos. Mucho peores de lo que ella misma estaba dispuesta a reconocer, sobre todo después del accidente y la muerte de sus dos hijas. Sin embargo, Olivia siempre había sido como los buenos boxeadores. No parecía encajar y menos aún acusar los golpes que recibía, para ella todo era siempre... “sensacional”.»

Bueno, aunque así fuese, y aunque Ágata hacía tiempo que no la veía, lo más seguro, caviló, era que su hermana ya no fuera tan espectacularmente guapa como antes. «La vida y sus reveses dejan demasiadas cicatrices —se dijo— y la cirugía plástica reiterada más aún. ¿Por qué iba a ser Olivia una excepción?»

«Convéncete querida, las mujeres guapas *siempre* envejecen peor que las feas y no digamos las rellenitas como tú. El tiempo es el gran vengador, ya lo comprobarás.» Algo así le había dicho su *coach* (ahora los llaman *coach*) pocas semanas atrás en una de sus últimas sesiones en aquel consultorio de nombre tan esperanzador: el Mente y Cuerpo al que ella había acudido con la intención de perder seis o, mejor aún, ocho kilos. Pero Ágata no deseaba pensar ahora en *Mente* y mucho menos en *Cuerpo*. En realidad, todo lo que se decía en establecimientos de ese tipo servía de muy poco; sólo de vez en cuando alguna frase aislada como aquella tenía la virtud de hacer diana. «Las guapas envejecen peor que las feas.» Qué cierto era aquello y qué fácil comprobarlo, no sólo en el caso de las famosas que uno ve en la tele sino también mirando simplemente alrededor. Cuando declina la juventud, de las guapas se dice con fingido, o por qué no, sentido pesar: «Ay, ¡con lo que fue Fulana!» De las feas suele comentarse: «Bueno, mira, sigue siendo la misma de siempre.»

«... Además, tú no tienes un gran problema de sobrepeso, ni mucho menos eres fea, Ágata. Son ideas tuyas debidas, con toda seguridad, a las comparaciones entre hermanas. Y es que, si entre otras personas son odiosas, entre hermanas pueden ser letales. No sabes cuántos casos como el tuyo tengo en mi fichero. Por favor, recuerda siempre esto, querida: ser bella es una actitud; tu hermana la tiene y tú no. Sentirse bella es *ser* bella. Hazme caso: no estás gorda sino hermosa y en el corazón de todos los hombres hay una gordita, te lo aseguro yo que de esto sé un rato.»

Sí, todo esto tan balsámico le había dicho aquella mujer mitad psiquiatra mitad dietista de la que ni siquiera recordaba el nombre. Sólo recordaba la pastilla que le había recetado. Milagrosa, por cierto. A saber qué ocurriría cuan-

do pasara su beatífico influjo, pero de momento le había hecho perder tres kilos, y eso sin dejar de comer, que era lo que más le gustaba a Ágata.

Treinta y tantos años. Durante tres largas décadas, mientras su hermana cambiaba de marido y de iniciales bordadas, ella había cambiado de dietistas y de loqueros. Bueno, tampoco eso era tan malo como parecía. Para empezar, dietista y loquero son palabras feas pero muy útiles. Además, si su hermana había tenido éxito en lo sentimental, ella lo había tenido sin duda en el campo laboral. No en su ocupación conocida, digamos; ser profesora de Lengua y Literatura en un colegio concertado no es exactamente triunfar en la vida, pero Ágata tenía *otra* vida y también otra profesión. Una que había ido creciendo y prosperando entre dietista y loquero, entre sintagmas y fonemas. Y Ágata rió, pensando que era una suerte que existieran «profesiones» como la suya en las que haber tenido una infancia desgraciada o humilde (o las dos cosas a la vez, como en su caso) resultaba de lo más útil. «Que me lo digan a mí, la famosa, la muy comprensiva madame Poubelle...» «Madame Basurero», tradujo Ágata antes de volver a reír, porque ella reía siempre. Y es que también eso lo había aprendido a los cinco o seis años de edad: las niñas guapas consiguen todo lo que se proponen con unas cuantas lagrimitas, las gordas y feúchas deben recurrir a la risa: ya sea la que prodigan o la que provocan.

Se encontraba ahora de pie en el salón de su casa y miró a su alrededor. Aquel apartamento de dos habitaciones no tenía nada que ver con la casa espléndida en la que, sin duda, viviría su hermana, pero había que reconocer que también ella había logrado recorrer un largo camino desde su lejana y oscura infancia. ¿Pensaría Olivia en aquellos años de compartida y gris existencia tanto como ella? Si lo hacía, y, sobre todo, si hablaba de su infancia con sus

amigos ricos de ahora, lo más probable es que la adornara considerablemente. En realidad, no le sería muy difícil hacerlo puesto que la infancia de ambas era muy adornable. Bastaba con cambiar apenas un par de detalles para convertirla, incluso, en fascinante.

Durante su adolescencia Ágata había tenido ocasión de oír muchas veces cómo su hermana hablaba a otros de su pasado común. Por eso podía imaginar muy bien lo que contaría a sus amigos ricos, a sus diversos maridos o amantes en una primera cita: «Mira, *cuore*, aquí donde me ves, yo soy una víctima de la guerra fría. Más aún, soy la espía esa de la que hablaba John Le Carré y que surgió del frío.» Ágata sonrió. Si aquél continuaba siendo el discurso de su hermana mayor, pronto iba a tener que revisarlo para no sonar antediluviana: ya casi nadie recuerda qué demonios era la guerra fría. Pero bueno, puesta al día y utilizada con habilidad (y Olivia era muy hábil) la frase seguro que continuaba suscitando cierta curiosidad: «¿Espía?», pongamos que preguntase el intrigado interlocutor, y Olivia seguramente respondería algo así: «Bueno, verás» (sonrisa deliciosa) «para ser exactos, el espía era papá, en la Rusia soviética, ¿sabes? Te hablo de un par de años antes de la Perestroika, allá por los ochenta, en “la capital de las tinieblas”, que es como entonces llamábamos a Moscú. No te puedes imaginar lo *in-cre-í-ble* que fue mi infancia dividida entre los terciopelos de las embajadas y el olor a repollo de nuestra escuela Máximo Gorki. ¿Ves esta cicatriz que tengo junto a la ceja? Me la hice en clase de Guerra. Sí, tesoro, como lo oyes. En los colegios soviéticos de entonces nos enseñaban a armar y desarmar un kalashnikov. Hasta las niñas teníamos que estar preparadas para defender la Revolución.»

Si la curiosidad del oyente hacía que éste preguntara si ella era rusa, Olivia seguramente abriría sus maravillosos

ojos grises antes de achinarlos en señal de complicidad o de flirteo: «Soy del mismo corazón del Madrid de los Austrias. Pero he vivido en tantos lugares que me considero ciudadana del mundo. Papá estaba en el servicio diplomático ¿sabes?»

«Ciudadana del mundo» y «servicio diplomático» eran dos formas hábilmente engañosas de retratar lo que había sido su infancia. Si pasar un par de veranos junto a una tía emigrante cuyo marido regentaba una cantina militar al sur de Inglaterra la convierte a una en «ciudadana del mundo» y si vivir año y medio en un barrio obrero de Moscú donde su padre ejerció una agregaduría militar de bajo rango puntúa como «servicio diplomático», ambas cosas eran ciertas. Y es que se puede mentir mucho alejándose apenas de la verdad, eso Ágata lo sabía bien, se lo había visto hacer siempre a su hermana. A ella en cambio no le gustaba adornar el pasado. Por eso, cuando contaba su vida (a loqueros o dietistas, por ejemplo, y sólo un tonto les mentiría a unos u otros, según Ágata) solía hacerlo de forma parecida y a la vez completamente distinta.

Empezaba así: «Un eterno vivir de liliputienses en tierra de gigantes, un quiero y no puedo, ésa es la mejor manera de describir lo que fue nuestra infancia. O mejor aún, para comprender lo que intento decir basta con conocer nuestros nombres completos. Mi hermana y yo nos llamamos respectivamente María Olivia y María Ágata Sánchez Gómez-Uriarte. Pero muy pronto perdimos los María, necesarios sólo para la pila bautismal en tiempos franquistas, y más tarde desaparecieron también como por ensalmo el Sánchez y también el Gómez. Mi madre, a la que le encantaban las novelas románticas, había elegido para nosotras aquellos dos nombres poco comunes y a la vez sofisticados porque, según ella, un apelativo con sonoridad aristocrática ya predispone un poquito a serlo.

¿Quiénes son los que sostienen que un patronímico prefigura lo que uno va a ser en la vida? ¿Los esquimales? ¿Los indios sioux? ¿Los bosquimanos tal vez? Y tienen razón, he ahí, en origen, la finalidad de un nombre, abrir camino, crear un personaje, ayudar a inventarse un pasado y más aún un futuro. Por eso, mi hermana Olivia y yo paseamos nuestros bonitos nombres tanto por el sur de Inglaterra en casa de nuestra tía la cantinera como más tarde por la Unión Soviética, con la ventaja de que ambos suenan bien en todos los idiomas. En Moscú, por ejemplo, el ábrete sésamo de nuestros nombres de pila fue extremadamente eficaz, al menos al principio. Allí, y como diría mi hermana Olivia, nos permitieron “pasear desde los terciopelos de las embajadas al olor a repollo de nuestro colegio Máximo Gorki”.»

En este punto de la explicación, los dietistas siempre interesados en encontrar a la preocupación de la paciente por su aspecto físico una causa infantil y remota, solían escribir aplicadamente en sus informes la palabra «repollo» y luego la palabra «terciopelo» antes de preguntar: «¿Qué significado tiene para ti la combinación de ambas palabras, Ágata? Háblanos un poco de todo eso.»

La explicación de «repollo» era la más fácil y Ágata solía comenzar por ahí. Relataba cómo, en los tiempos en que ellas vivieron en Moscú, toda la ciudad, todas las repúblicas y todo el grandioso paraíso soviético, olían a berza recocida. Y en la vida de los Sánchez Gómez, tal perfume ambientaba tanto la oscura oficinucha en la que trabajaba su padre como el colegio público en el que ellas estudiaban, para luego reinar omnipresente en el diminuto apartamento proletario que el gobierno facilitaba a los militares «visitantes».

Tal vez fue allí, entre esas tristes paredes que su madre adornaba con tarjetas postales de países extranjeros, como

si de obras de arte se tratase, donde Olivia comenzó a soñar. Muchas veces Ágata la había sorprendido calcando el singular contorno del Palacio de Buckingham o el de Versalles en una cuartilla. Entonces pensaba que aquella actividad de su hermana era una forma de matar las horas que no podían matarse ni viendo la televisión (casi inexistente) ni jugando en la calle (veinte grados bajo cero no invitan a ello). Mucho más adelante comprendió que lo hacía por otra razón: igual que los niños aprenden a escribir haciendo palotes, Olivia aprendía los rudimentos de una vida regalada rebordeando sus contornos.

Llegado el momento de describir a su interlocutor la parte del «terciopelo», Ágata solía relatar siempre la misma escena. La vez que, junto a su madre, Olivia y ella asistieron a una función infantil en el Teatro Bolshói invitadas por un tercer secretario de la Embajada de España. La Filarmónica de Moscú tocaba *Pedro y el Lobo*, de Prokófiev, y aquella sería la primera y única ocasión que ambas tuvieron de ver de cerca cómo era el mundo de sus compañeros de colegio más afortunados, los hijos de diplomáticos de verdad. Porque aunque la escuela a la que acudían era estatal, y por tanto gratuita y popular, estaba de moda entre los diplomáticos extranjeros de entonces matricular allí a sus hijos un par de años durante la educación primaria: «Para que aprendan ruso, querida, el mundo es de los osados e imagínate lo bien que van a quedar nuestros hijos en la Sorbona cuando comprueben que hablan el idioma del Comecón.»

Ágata nunca logró hacerse amiga de ninguno de aquellos niños privilegiados; Olivia, naturalmente, sí. E incluso fue invitada alguna tarde a merendar a casa de la hija de un embajador latinoamericano, una tal Sandrita con apellido muy vasco. Tenía su hermana entonces casi doce años y muy pronto iba a aprender que existe un puente levadi-

zo e invisible que separa el mundo de los ricos del resto de los mortales, uno que permanece transitable durante toda la primera infancia. Y es que la infancia es igualitaria, democrática. Los hijos de los ricos juegan sin restricciones con el niño del jardinero o del lechero; no existen prejuicios ni clases sociales, no hay desdenes, ni narices respingadas. Sin embargo, un día, y sin previo aviso, el invisible puente se hace menos incorpóreo, luego se alza y se acabó la confraternización. Se pasa entonces del «tú eres mi mejor amigo» al «mi madre no me deja», de ahí al «perdona, hoy tengo clase de esgrima» y se acaba en «perdona pero no me acuerdo muy bien ni de cómo te llamabas». Por eso, en un momento dado, todo cambió para Olivia sin que ella comprendiera la razón aunque muy pronto iba a descubrirla.

Allí estaba ahora su gran amiga Sandrita Urziza en el Teatro Bolshói, buscando su localidad entre las butacas de terciopelo, monísima ella con una falda escocesa y un pulóver verde, tan mayor. No como Ágata y Olivia, que a sus diez y doce años vestían aún de niñas pequeñas con nido de abeja, nada menos y (oh, Dios mío) el dobladillo sacado para que no les quedasen cortos sus trajes de fiesta. Las luces se apagaron al fin. El gran telón rojo se alzó y, durante un buen rato, todos parecieron vivir sólo las aventuras de *Pedro y el Lobo*. Todos menos Olivia, que no paraba de mirar a Sandrita Urziza, allá muy lejos, junto a otras amigas también de falda escocesa, quienes, a pesar de los esfuerzos mudos de Olivia por reclamar su atención, no miraron ni una sola vez hacia donde ella estaba. Ágata no recuerda bien lo que pasó a continuación. Tal vez debió quedarse dormida, porque cuando quiso darse cuenta, se encontraban ya casi en el final de la obra, en ese momento en el que el solo de flauta con sus acordes más apremiantes relata cómo el lobo está a punto de comerse al pajarito amigo de

Pedro. Y ya lo tiene en sus garras. Y ya lo va a devorar y Ágata repara en cómo los dedos de su hermana se crispan sobre los pliegues de su vestidito de nido de abeja una y otra vez, mientras las lágrimas resbalan por sus mejillas. «Vamos, Oli, no te apures, sólo es un cuento.» «No llores», quiere decirle, porque ella tiene diez años y aún no sabe nada de los puentes que se levantan de la noche a la mañana. Por eso tampoco entiende por qué esas niñas amigas de su hermana ríen y se dan codazos cuando por fin miran hacia donde están ellas dos. Y tan pequeña es Ágata que tampoco sabe distinguir estas miradas de otras «hambrientas», podría decirse, que le dedican a Olivia unos chicos que están en la fila de adelante. Para ella, todo el mundo mira a su hermana por la misma razón. La miran porque es guapa, porque es rubia y con ojos grises, porque llora por el pajarito que están a punto de comerse. «No sufras, Oli, no llores. Ya verás como pronto se acaba todo esto y baja el telón.»

Existe para Ágata otro recuerdo de aquella noche y tiene que ver no sólo con los terciopelos del Teatro Bolshói o con las faldas escocesas de Sandrita Urziza y sus amigas, sino con un nombre que acaba de leer minutos antes en el reverso de la invitación que le ha enviado su hermana: Cary Faithful. «Hay que ver qué pequeño es el mundo», piensa Ágata. El lobo se acababa de comer al pajarito y faltaba muy poco para que se encendieran las luces del teatro Bolshói, cuando uno de los muchachos, uno de la clase de los pequeños, Cary Faithful precisamente, se inclinó hacia Olivia para alcanzarle un pañuelo para sus lágrimas. Y al ofrecérselo, Ágata creyó ver como casi le daba un beso a su hermana. «Qué bien, ahora se morirán de envidia Sandrita Urziza y sus amigas», se dijo entonces Ágata porque ella conocía el mágico efecto del llanto de

Oli. «Sí, sí, seguro, —añadió—. Esas bobas han visto perfectamente cómo el chico le ha dado a Oli un beso, que se fastidien.»

Pero qué pequeña es Ágata y qué tonta también, que no entiende nada de nada, porque en vez de morir de envidia, lo que ocurre es que, al ver aquel beso, las niñas se mueren de risa redoblando los codazos cómplices. Y al mirar la cara de su hermana, Ágata descubrió con asombro que no había en ella lágrimas, ni una sola, y que incluso rechazaba de un manotazo el pañuelo que le ofrecía aquel niño tan amable. Y esa tarde, a pesar de sus pocos años, Ágata aprendió dos cosas interesantes sobre el amor y sus misterios: una, que los gestos bondadosos y los besos no valen nada de por sí, sino que dependen de quién los prodigue. Y dos que, a pesar de que las chicas guapas todo lo consiguen con unas cuantas lagrimitas, hay ocasiones en las que una niña guapa no llora así la aspen, y es, precisamente, cuando otras niñas guapas ríen.

«El bueno, el pequeño, el insignificante de Cary», se dice Ágata mientras recuerda el aspecto que tenía entonces aquel muchacho. ¿Quién iba a pensar que un chico no demasiado inteligente ni muy atractivo, con un aire desgachado y un perpetuo gesto de azorada sorpresa, acabaría convirtiéndose en uno de los hombres más sexys del mundo? Cary Faithful, sí, aquel del que todos se reían en el colegio porque, para colmo, tenía nombre de chica, era ahora el actor inglés al que todos consideraban heredero del gran Cary Grant, con quien incluso compartía nombre de pila, qué cosas.

«Qué razón tiene mi dietista —se dice Ágata con una carcajada—. Verdaderamente el tiempo es el gran vengador.» Porque lo más probable es que, treinta y tantos años

más tarde, la tal Sandrita Urziza y sus monísimas amigas fueran todas damas otoñales. Amas de casa aburridas, vestidas aún con idéntica falda escocesa allá en Quito, en La Paz, en Asunción, o donde quiera que vivan con más pena que gloria. Devoradoras de tranxiliums, y madres de otras sandritas urzizas igualmente monísimas que también reirán y se darán codazos ante niñas «distintas» a ellas. «Y en sus viditas de ahora —se dice Ágata—, cuando hojeeen alguna revista de cotilleos de Hollywood en la que aparece Cary Faithful, o una de esas publicaciones de sociedad que tanto se ocupan de Olivia y sus sucesivos maridos, sin duda comentarán con mal disimulado orgullo a otras amigas tan devoradoras de tranxiliums como ellas: “Huy, a estos dos los conozco yo de toda la vida. Fuimos amigos en la infancia y siempre supe que llegarían lejos. Somos ííntimos, ni te imaginas.”»

«Sí, eso dirán —rió una vez más Ágata—. Sin sospechar que yo, la hermana fea, el conguito, soy tanto o más conocida que ellos dos, a mi modo.» «La famosa madame Poubelle», vuelve a decir Ágata en voz alta con el aire de misterio del que gusta rodearse cuando habla de cierta parcela secreta de su vida. «La invisible, la influyente, la *in-fa-li-ble* madame Poubelle que ahora se dispone a utilizar sus largas —y muy mal pagadas, por cierto— vacaciones como maestra de escuela para embarcar en el ¿cómo dicen que se llama ese barco tan superguay? Ah sí, en el *Sparkling Cyanide*. Bonito nombre.»